

ERIC GOLES
EL SEGUNDO PRINCIPIO
AUTOBIOGRAFÍA DE
CIENCIA Y FICCIÓN

TUSQUETS
EDITORES

1ª edición: septiembre de 2026

© Eric Goles, 2026

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para
© 2026, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

ISBN: 978-956-6368-91-5

RPI: 2026-A-7352

Impresión y encuadernación: CyC Impresores Ltda
Impreso en Chile

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

A Meche Chacc

Si mi vida fuese un teorema,
estas memorias serían su refutación.

We shall fight on the seas and oceans, we shall fight with growing confidence and growing strength in the air, we shall defend our Island, whatever the cost may be, we shall fight on the beaches, we shall fight on the landing grounds, we shall fight in the fields and in the streets, we shall fight in the hills, we shall never surrender!

WINSTON CHURCHILL

El segundo principio de la termodinámica establece que en un sistema aislado el calor fluye de la fuente caliente a la fuente fría. No hay marcha atrás. Se enfría el café, los días se desmoronan en noches y otros días, y se gastan las cosas, los organismos, los amores.

Hasta las palabras se gastan.

El segundo principio nos usa a cada instante, liquidándonos de a poco. Tratas de escapar metiéndole energía al sistema: alimentos, bebestibles, medicinas. Empleas trucos nemotécnicos para no olvidarte de las cosas, vuelves a leer los mismos libros, viajas, intentas probar un nuevo teorema.

Para no continuar tan decididamente cuesta abajo, para seguir más o menos igual.

Y uno se ilusiona, y de pronto parece que todo va bien. Situaciones, logros, amores que te llenan de alegría.

Fuegos de artificio.

Fracasas. O fracasarás. Dejarás que se vaya ese libro que no quieres olvidar, no más teoremas, te dirás adiós con la pareja que tanto amaste y, la verdad, es que no hay grandes explicaciones: solo usura, fatiga de materiales. El ciego y pertinaz trabajo del segundo principio.

En términos generales, lo que se va fastidiando es la organización. Al comienzo un deterioro imperceptible. Y ahí están la tramposa esperanza, la magia y el suplicio: creer que tienes alguna

posibilidad. Y quien quiera que seas, ave, pez, hongo, planta, reptil o mamífero. Por cierto, nosotros, los cerebros (demasiado) grandes, tenemos todavía tiempo para copiarnos, amarnos, reproducirnos. Enviar una nave al futuro, me atrevería a decir.

Y en ese loco afán, paradójicamente, somos felices. Es más, queremos seguir. Aunque inexorablemente se venga el descalabro, aun así, nos rebelamos.

Quevedo afirma que si polvo seremos que sea enamorado. Y ya polvo es el poeta, y yo porfiando por lo mismo: a sabiendas de que también se irán estas palabras, igual las escribo.

Para que al escribirlas vuelva, me vuelva, incesante lo vivido.

Ahí estaba el pelícano.
Con sus ojos enormes.
Muriéndose en la playa.
Lo rematamos a pedrazos.

1. APERTURA

La muerte del padre

Fregando, fregando, frotando, puliendo, limpiando.
Comprobando que cada azulejo quedaba limpio y
resplandeciente. Pensando que todo lo que allí se había
destrozado sería ahora reparado. Todo. Todo.
Y que yo jamás, bajo ninguna circunstancia, acabaría como
él había acabado. La muerte no era más que una
tubería que revienta, una rama que se rompe con el
viento, una chaqueta que se cae de la percha al suelo.

Mi lucha, KARL OVE KNAUSGÅRD

Pasada la medianoche, sonó el teléfono: llamaban de la casa de mi padre. Que estaba muy mal, que fuera urgente. Me levanté, lo bastante rápido para que no fueran a decir, bajé al estacionamiento, prendí un cigarrillo —todavía fumaba— y partí, tratando de que me tocaran todas las luces rojas.

Pocas veces, acostado ya tarde en la noche, uno tiene que volver a levantarse, digo a vestirse y además salir. A menos que uno sea médico, bombero o policía, siempre atento a las urgencias. Ocurre en muy contadas ocasiones, enfermedades, terremotos, en general, calamidades impostergables; justamente de esas que te sacan de la cama, claro está, siempre a regañadientes.

Como en esa ocasión.

La casa de mi padre estaba completamente iluminada, ladraban los perros, graznaba el pato, sorprendido por el día artificial y el desmadrado chorro del surtidor de la pileta. Pasos incoherentes subían —o bajaban— por la escalera, portazos y todos lloraban y maldecían a la coronaria móvil que no llegaba nunca. En abstracto tenían razón: en esas situaciones los segundos son preciosos. Aunque no en ese caso, porque mi padre estaba definitivamente muerto. Nada que hacer. No había nadie ahí, solo un despojo, pero no sabía cómo decirles, no iban a creer, no

querrían creer. Es como parte del ritual, ¿no?, llorar; llorar y no creer. Así que no dije nada, agarré una silla, prendí otro cigarrillo —él, como yo, fumaba y mucho— y me instalé a los pies de la cama.

Tenía la boca abierta y los pies destapados. A mí también me agrada dormir con los pies destapados —debe ser algo genético—, aunque bajo ninguna circunstancia me gustaría morirme así, de manera tan poco estética, por eso se los cubrí.

En realidad, no somos nada. Muertos, ni siquiera un resabio de pudor.

Todo, al menos en superficie, estaba quieto. Por fuera, salvo la boca abierta y el hecho evidente de que no respiraba, mi padre se veía, digamos, sin mayores alteraciones, como una descolorida figura de cera. Pero la procesión, en estos casos —está completamente estudiado—, va por dentro: un ejército de bacterias, innumerables organismos infinitesimales que se copian, copulan, nacen, mueren, comen, mutan y hacen de las suyas, entrando a saco en la ciudadela que apenas unas horas antes estaba razonablemente protegida y era un paradigma de organización.

Con los muertos, nada se construye. Con los vivos, todo se destruye. Parches. Aguantamos poniéndonos parches. Finalmente, todo se va al demonio.

Mi padre ya no estaba más.

Los billones de piezas del complejísimo rompecabezas que había sido mi padre jamás se volverían a juntar.

La coronaria móvil llegó al rato solo para corroborar lo que ya sabía: estaba muerto. El poco padre que tuve ya no era. No más partidas de ajedrez. Nunca más. Nunca más nada de nada, aunque para mí nunca había sido mucho.

Mi padre se dedicó a la música. La verdad es que no creo que tuviese (realmente) alternativa. La vocación le venía de lejos,

dicen que tenía oído absoluto¹. Desde niño componía canciones y tocaba piano; sin embargo, entró a estudiar ingeniería. Asunto de costo y oportunidad, como suelen decir, “era bueno para las matemáticas” y mis abuelos, inmigrantes yugoslavos, se deslombaban trabajando no precisamente para que el primogénito se dedicara a la música. Ingeniería, entonces, y a ingeniería fue, y a la Universidad de Chile, donde llegaban los mejores. Y no le iba mal: derivaba bien, integraba bien, descollaba en dibujo técnico, armaba y desarmaba motores como quien se cambia de camisa y dominaba los arcanos de la mecánica, de la electricidad y de la hidráulica. Todo un ingeniero. No obstante, estaba habitado por la música, y hacia el final de la carrera volvieron a encontrarse: para una fiesta de la primavera creó una estudiantina —de esas orquestas con hartos instrumentos de cuerdas— y compuso el foxtrot “El paso del pollo”, que, para su sorpresa, hizo cantar y bailar a todo Chile. Este éxito lo llevó a dejar los estudios y dedicarse a recorrer el país con el conjunto.

Eran jóvenes, eran seductores, estaban en la boca de todas y de todos. Y hubo (mucho) fama, dinero, amores, nuevos éxitos, fiestas y más amores. Demasiado de todo.

Hasta que se les pasó el cuarto de hora y envejecieron lo suficiente para ver cómo se escurría la fama.

La mayoría volvió a lo suyo, no mi padre, que siguió frecuentando los locales de la movida, el Goyescas, el Zeppelin, el Waldorf, El Pollo Dorado, siempre elegante y muy bien acompañado. Treinta años más tarde, al verme estudiando un sábado por la noche, mirando su reloj, me dijo: “Yo, a esta hora, vestido de punta en blanco, acompañado de una belleza, era recibido por la orquesta del Lucerna con los compases de «Volando voy»”: genio y figura.

Y fama. De eso se alimentaba, hambriento de fama. En realidad, sobrevivía, pues no siempre la popularidad llena la olla y, luego de un intento fallido de terminar los estudios —sus compañeros

1. Oído absoluto. Puede ser, pero de su hijo escuchó bien pocas notas.

lo apodaban el “casi ingeniero”—, trató de vivir de la música. Durísima pretensión, con días buenos, malos, menos malos, mejores y peores, obligado a hacer de todo: clases de física y matemática en un liceo para alumnos rematados, clases de música, canto y solfeo, himnos para los carabineros, crear y dirigir coros.

Para equilibrar la balanza, para entusiasmarse —y se entusiasmaba— en medio de esta vorágine de oficios, componía cantatas, marchas, tonadas, cuecas, foxtrots, vales, boleros y se obsesionó con remediar la situación legal de los artistas y de los compositores.

Ir y venir, un sube y baja por el resto de su vida. Que ahora era nada, ahí tendido en la cama, con ese aire de cachivache que agarran los muertos, y había que encargarse de un montón de trámites y procedimientos concomitantes con la muerte: llamar a un doctor, llenar papeles, contratar una funeraria, comprar un ataúd, avisarle a un hatajo de gente, invitar al velorio y al entierro. En resumen, había que hacer lo que siempre se hace: meterle energía al sistema, cosa de generar algo de orden. Incluso en esa situación definitiva, cuando ya la inevitable usura de las cosas ha conseguido arrasar con uno de los nuestros.

Hay que, hay que, hay que... ¡y yo no sabía cómo! Tampoco quería hacerme cargo. No se trataba de flojera, resentimiento o desidia, no. Tal vez un poco de todo eso, sí, pero, perdonen el cantinfleo, la verdad es que no lo había frecuentado lo suficiente como para que su muerte me arrasara.

Traté de recordar algún gesto tierno de la infancia asociado con mi padre. De esas caricias o actitudes en las que un niño se refugia lleno de felicidad como en una ráfaga de aire tibio y acogedor. Al rato me acordé de que una vez me levantó con ambos brazos, bien alto, a la altura de sus ojos y me sonreía. Pero era un implante, el recuerdo de una foto. También me acordé de que me tocaba una melodía en el piano, pero me lo contaron.

En realidad, no tenía recuerdos de tan temprana edad y tenía sueño y ninguna gana de andar observando difuntos.

Era la segunda vez que veía uno. La primera, fue en el colegio, obligados a desfilar frente al ataúd del consejero espiritual y mirarlo por la ventanilla, como si estuviera en un batiscafo. Le salía un moco verde por la nariz y me dio asco. La verdad, siempre me produjo asco. Su oficina olía a remedios y caramelos rancios, y empezaba a preguntar si te tocabas, pedía detalles, conminándote a mostrarle “el miembro”. Cuando te ibas, te daba un santito y un caramelo.

Todos sabíamos y andábamos arrancando. Lo bueno era que, si te volvía a llamar y te negabas, no insistía; hasta que por fin se murió.

Los curas tuvieron el descaro de enterrarlo con la banda del colegio: con bombos y platillos.

Treinta años después de la noche en que murió mi padre, siguen siendo los únicos dos cadáveres que he visto de cerca. Ciertamente, he ido a otros velorios —nunca demasiados—, pero me mantengo a respetable distancia del féretro y, por supuesto, no miro por la ventanilla. Permanezco al margen, solo cumpliendo con el protocolo mínimo establecido para dichas situaciones. Era más o menos lo que me sucedía esa noche, impávido, lejos del dolor, lo que por cierto no ocurría con la familia de mi padre: devastados, desorientados, incrédulos.

El despojo que yacía en la cama, si era de alguien, era de ellos. Nada mío. Igual a uno se le va la vista y mira el cuerpo muerto; menos por padre que por muerto, por un asunto, diría, de morbosidad de la especie, como cuando hay un accidente en la carretera y todos disminuyen la velocidad para ver, o yo mismo, hace años en mi oficina de París, cuya ventana daba a la sala de disecciones de la Escuela de Medicina, miraba —con disgusto y de lejos, pero miraba— esos cuerpos rígidos y secos, con aire de pergamino viejo: la misma textura que iba adquiriendo mi padre.

Quizás por todo eso la escasez de ganas, la inutilidad y, claro, también algo de pereza. Por otra parte, hubiese sido una

impostura hacerme cargo, un abuso de confianza quitarles un muerto que no me correspondía.

Así que lo único que hice fue llamar a un médico amigo para que firmara el certificado de defunción. Curioso, un certificado que afirma que se ha dejado de funcionar; como una máquina —bueno, lo somos ¿no?—, tal cual lo dijo Julien Offray de La Mettrie en el Siglo de las Luces: máquinas, somos máquinas.

¿Y qué quedaba para mí?, una suerte de copia o réplica de esa máquina descompuesta en el dormitorio del segundo piso detenida para siempre: *out of order*.

No era hora para andar llamando por teléfono, menos aún a la una de la madrugada, pero igual me atreví a despertar a mi amigo, quien muy gentilmente estuvo dispuesto a venir en mi ayuda. Es más, antes tuvo que pasar primero por la Posta Central para conseguir un ejemplar del certificado (repito) de defunción. Sin ese papel no se puede hacer nada. Ni con los vivos, ni con los muertos. Como el óbolo imprescindible para pagarle a Caronte, tiene que estar firmado y apostillado para que el muerto pueda navegar. Si no, no hay entierro ni travesía.

Mi amigo, más por protocolo que otra cosa, le tomó el pulso, lo golpeó con dos dedos por todas partes, lo auscultó. Luego, me miró con cara de circunstancia, de “no somos nada”, y bajamos al *living* a llenar el formulario, preguntándome esto o lo otro, hasta que dejó de escribir y me dijo, fijando la vista en el impreso, que esos certificados son de gran importancia. Por ello, a la menor tachadura o error, ¡los rechazaban!, y él, muy estúpidamente, acababa de cometer uno de esos incorregibles errores. Mil excusas, que iba rapidito a la Posta Central por otro ejemplar porque los daban de a uno. Que regresaba en menos de lo que canta un gallo.

Qué lata. Me sentí mal. Hacerlo perder el tiempo así, precisamente a la hora en que comenzaban a cantar los primeros gallos.

Me quedé esperando sentado en el *living*. No subí al dormitorio, aunque abajo estaba bastante helado. El primer piso siempre estaba helado y para distraerme miraba el techo, el piano, la

mesa de centro o el sofá y, por cierto, los galvanos, los trofeos, las gaviotas de Viña del Mar, la Estrella Roja que le había colgado en la solapa el mariscal Tito en persona, la medalla de la Sociedad Mexicana de Compositores, entregada en ese mismo *living* por el célebre Armando Manzanero: “Aquel señor a quien compraba las flores que te daba”.

Canciones, diplomas, medallas: inertes recordatorios de glorias pretéritas.

Y en la celebración caían hasta los más pintados. Todos satélites. Amigos, parentela, amantes, novias, esposas e hijos que tenían que subirse a ese carro nomás; no había cómo sustraerse al embrujo de su notable talento, de su adictiva música, de los aplausos, de los homenajes, de los alegres compases de “Volando voy” que acompañaban sus pasos.

Yo me quedé más bien por debajo de tantas luces y candilejas, por cierto, mermadas definitivamente por la muerte, el humo del enésimo cigarrillo y la contemplación inevitable, justo colgada frente a mí, de una copia del cuadro de Goya *Saturno devorando a sus hijos* que había pintado en la adolescencia².

Devorando a sus hijas, más bien, ambas completamente fagocitadas. La mayor, entregada desde su más tierna infancia al cuidado de mi abuela Elena; la menor, como su madre, sacerdotisa de su culto. Yo mantuve la distancia suficiente como para no sufrir grandes dentelladas. Había vivido poco en sus dominios, solo cuatro años mientras estudiaba en la Escuela de Ingeniería. Una especie de pensionista con ventajas, pues no pagaba arriendo³ y participaba en actividades, digamos, familiares: cenábamos

2. El padre y la abuela de Goles dibujaban y pintaban. En cuanto al cuadro aludido, por más que pregunté y busqué, no lo encontré. ¿Invento? Lo que sí había en ese *living* era un autorretrato de Goles padre en su adolescencia. ¿Se olvidó? ¿Acto fallido?
3. Como resultado de una negociación entre sus padres hecha por su (incómoda) intermediación, Goles padre dejaría de pagar la mensualidad, que recién un par de años antes había conseguido la jueza Fuentes, a cambio de hacerse cargo de la manutención de Goles hijo, en Santiago.

juntos durante la semana y almorzábamos los domingos, incluyendo a mi abuela —la señora Elena como la llamaba mi padre— y a veces a la tía Katiça.

Después del postre yo leía el diario y él llenaba el crucigrama. Luego, como no teníamos gran cosa que decirnos, jugábamos una partida de ajedrez densa, lenta y cerrada, que estirábamos durante toda la tarde. Ganaba él, ganaba yo, hasta la revancha el domingo siguiente.

Era nuestro modo de conversar, de no decirnos nada. Ni de bueno ni de malo. Atrás sin golpes, como en el boxeo.

Tampoco demasiado original. El pianista cubano Bebo Valdés —que había abandonado a su esposa y a sus hijos de corta edad, y se había instalado en Estocolmo con su amante sueca— se reencontró treinta años después con su hijo mayor, Chucho, también pianista. En ese encuentro, solo atinaron a sentarse cada uno frente a un piano y simplemente tocar.

Simplemente jugar.

Con la esposa de mi padre y su hija —entonces de ocho años— me llevaba bastante bien: gentil, educado y servicial a veces, aunque manteniendo cierta distancia. No era difícil, pues, como tenía mucho que estudiar, me pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en mi covacha, justo debajo del baño del segundo piso y contigua al frigorizado *living*, donde fumando esperaba el regreso de mi amigo médico. Una pieza sombría, con un ventanuco que daba a una pandereta, húmeda, con olor a azumagado, filtraciones y una apreciable colonia de organismos de cuerpo vermiforme, alargado y blando. Funámbulos, haciendo piruetas sobre el cielo raso, que subían y bajaban, aunque nunca se decidieron a bajar del todo. Pero no me quejaba: estaba mucho mejor que la mayoría de los estudiantes de provincia que sobrevivían en pensiones de mala muerte, candidatos, dependiendo de la estación, a congelarse o sofocarse, perder los dientes por escorbuto crónico, oscilando entre intoxicarse o morir

de inanición, muchas veces estafados y maltratados por caseros infames.

Al llegar a Santiago, a comienzos de 1970, viví en una pensión. Supongo que la esposa de mi padre, no del todo convencida de que el hijo del primer matrimonio de su marido viviera con ellos, propuso una solución intermedia: pensión y los domingos almuerzo familiar.

Asunto deirme conociendo, supongo.

Sin embargo, contrariamente a la negra casuística de las pensiones y albergues universitarios, yo estaba incluso mejor que en Antofagasta —un puro caos—, pues la dueña de la pensión era una tía, María Goles, de manera que, aunque compartía habitación con otros dos estudiantes, desayunaba, almorzaba y cenaba con mis tíos.

A fines de ese año, tal vez porque, además de obtener excelentes notas, había demostrado gentileza y reserva en mi relación con su familia, mi padre me comunicó que podía irme a vivir con ellos. Claro, no a una habitación del segundo piso, donde estaban los dormitorios, sino a la húmeda y fría covacha del primero, contigua al *living*. Aunque para mí era suficiente: pieza solo y ambiente, digamos, “familiar”. Si me portaba de manera correcta, sin trasgredir espacios que no me correspondían, estaría tranquilo y cómodo durante los años que duraran mis estudios.

No pedía ni necesitaba más. Y así fue casi siempre, salvo los últimos meses del presidente Allende.

Años más tarde, cuando volví de Francia y nacieron mis hijos, la relación con todos ellos se hizo más calurosa, más familiar: íbamos un par de veces al mes a los almuerzos de los domingos, la esposa de mi padre se entendía bien con mis hijos y mi hermana; además, era la oportunidad de ver a la abuela Elena.

Sin embargo, mi padre comenzaba a decaer, de modo que nuestra relación no tuvo oportunidad de mejorar ni de empeorar, salvo que ya no jugábamos ajedrez.

Y esa noche ya ni eso: estaba irremediablemente muerto. Todos, por más que nos pasemos películas de eternidad, estamos

sometidos al ineludible desgaste de las cosas. Hay que vivir con eso y, claro, también morir, pero vaya uno a convencer a los deudos. No tenía interés en hacerlo, me daba vergüenza, ni siquiera me gusta la palabra pésame, pues suena falsa, hipócrita.

¿Y cuándo llegaría el famoso certificado? Se me venían días difíciles y ni siquiera el comienzo estaba funcionando bien, todavía sin defunción legal. ¿En qué crestas andaría mi amigo médico? A lo mejor se habían acabado los formularios y andaba recorriendo postas y hospitales. Entonces, para distraerme, me enfoqué en el piano: ¿qué iba a ser del piano?

El piano era una extensión del difunto. Lo desarmaba, lo reparaba, lo afinaba; por supuesto lo tocaba. Nadie más en esa familia sabía tocar. Para ser justo, yo tampoco, aunque en mi casa de Antofagasta también había un piano y mi madre tocaba bastante bien: para mi cumpleaños, además del típico “Cumpleaños feliz”, me interpretaba “Malagueña” de Lecuona. Una vez le dije que me gustaría aprender piano. “Jamás”, me contestó. Agregando que no quería que fuese un inútil como mi padre.

Tamaño resentimiento. Y se habían conocido justamente por la música.

Desde niña, mi madre, Mercedes Chacc⁴, la Meche, fue la reina de la fiesta. No había espectáculo en el que no participara. Animaba, bailaba, tocaba el piano, cantaba. Incluso, como mi padre, componía. Lo que no era compatible con los deberes

4. Mercedes (Meche) Adriana Chacc Orellana (1925-2025), nacida en Taltal, miembro del Teatro de Arte y, posteriormente, de la compañía formada por Pedro de la Barra en la Universidad de Chile (sede Antofagasta). Ancla de Oro de Antofagasta (2003), hija ilustre de Taltal y distinguida también con el Congrio de Oro, que a muchos llama a risa, pero en el Festival de Viña otorgan la Gaviota de Plata, un pájaro carroñero, y nadie se ríe. Lo que sí es cierto es que nada es de plata, tampoco de oro; puros metales bastardos, oropel.

escolares, así que, a eso de los dieciséis años, dejó el colegio para convertirse en la cantante de una conocida orquesta.

Y tan bien le fue que partió a tentar suerte a la capital. Ahí cantaría, grabaría y cobraría sus derechos de autor.

Mi padre, transcurrida casi una década de sus éxitos, seguía a salto de mata. Y no solo componiendo. También creó la primera Sociedad de Autores y Compositores, la Sochayco, de la cual era el flamante director. Y hasta allí, supongo, que llegó mi madre a cobrar sus derechos de autor. Y claro, al otro lado del escritorio estaba el célebre artista y compositor que había hecho cantar y bailar a todo Chile. Cómo no enamorarse. Y se enamoró, y tanto que, finalmente, sucedo a esas alturas de alta probabilidad, la joven compositora quedó embarazada.

Como se estilaba en la época, se casaron a gran velocidad, luego se disgustaron, también a gran velocidad, y mi (futura) madre regresó a Antofagasta conmigo aferrado a sus entrañas. El 21 de agosto de 1951, en la maternidad Larraín Mancheño, nació su derecho de autor: un renacuajo sietemesino y endeble que sobrevivió a duras penas y con leche ajena.

Meses más tarde, mi abuelo paterno vino a buscarnos y partimos de regreso a la capital: al club yugoslavo en la Avenida Suecia.

Palabra de mi madre⁵.

Pero no tan rápido. Hay que ir más atrás. Aunque no somos nada, venimos de alguna parte. Hay que ir, entonces, al mapa y al territorio: al desierto de Atacama, a las ciudades de Antofagasta y Taltal.

Antofagasta, contra toda lógica, no fue fundada en “Antofagasta”, sino en La Chimba, una caleta varios kilómetros al norte de la

5. Meche nunca fue demasiado clara. También puede ser que el matrimonio se celebrara luego del nacimiento de Goles y solo entonces partieran a calle Suecia. En lo que sí insistía era en que el abuelo había venido a buscarlos. *Who knows. Mejor, who cares.*